

EL MUNICIPIO DE LA UNIÓN TRAS LA GRAN GUERRA: REPUBLICANISMO Y SINDICALISMO CRISTIANO

MEMORIAL PACO RÓDENAS

Francisco José Franco Fernández
Cronista Oficial de Cartagena, académico de Alfonso X “El Sabio”
y profesor de la UNED de Cartagena

Recibido: diciembre 2019/ aceptado: diciembre 2019

RESUMEN

Análisis histórico del municipio murciano de La Unión tras la Primera Guerra Mundial. Tras el citado conflicto, la otrora localidad próspera y plena de actividad minera se torna en una ciudad triste y despoblada a causa del cese de buena parte de la producción de la cuenca minera. En este ensayo analizamos y valoramos las causas de esta enorme crisis que marcó la dinámica local en los siguientes cien años.

PALABRAS CLAVE

La Unión, Murcia, crisis minera, II República en Murcia.

La Unión a comienzos del siglo XX

Los primeros años del siglo XX son también los de la definitiva consolidación, con todos sus problemas, del municipio de La Unión: tal y como sucedió en Cartagena, el comienzo del nuevo siglo estuvo marcado por los ecos de la crisis nacional de 1898, que coincide con el primer gran conflicto obrero de La Unión (que en 1894 recibió el título de ciudad y conoció el establecimiento de la aduana marítima de Portmán), expresión del distanciamiento de muchos empresarios mineros que fijaron su residencia e invirtieron sus capitales en Cartagena y en otras ciudades mientras en la cuenca minera se conocía el drama de

la explotación y la pobreza, con pagos de jornales en especie y jornadas de trabajo interminables.

Los accidentes y las enfermedades formaban parte de la vida cotidiana, siendo frecuentes las muertes por infecciones de carácter vírico y bacteriano y las ligadas a la propia actividad minera. La elevada mortalidad y las malas condiciones de trabajo impulsó la creación de la llamada policía de mina, que realizaba las inspecciones oportunas para velar por que se cumpliese el reglamento laboral evitando accidentes y efectuando intervenciones técnicas para comprobar *in situ* la marcha de los talleres y de las máquinas. En la primera década del siglo se pusieron en marcha algunas instituciones de tipo asistencial y educativo, como la Cruz Roja, el Centro Instructivo de Obreros Republicanos y la Cocina Económica. Por aquellos días apareció en la comarca una arquitectura de tipo Modernista que no se puede comparar con la del multitudinario movimiento urbanístico de Cartagena, pero que nos ha dejado notables ejemplos. Ese esplendor de algunas viviendas situadas en las calles Mayor y Real contrastaba con los habitáculos donde vivían la mayoría de los unionenses: la localidad generaba riquezas que se materializaban en otros lugares, siendo expresión de este momento la conformación del carácter y la cultura de la comarca: el trovo (hecho arte por Marín) y el cante minero son producto de la raíz andaluza de muchos de los habitantes del municipio y de la dureza de sus vidas: mientras la riqueza de la burguesía minera poblaba Cartagena de lujosos teatros y cafeterías, en los cafés de la cuenca argentífera (como El Ateneo) Antonio Chacón, el Cojo de Málaga y, sobre todo, El Rojo, El Alpargatero, creaban de la raíz andaluza la minera, la cartagenera y la taranta.

Sobre la vida cotidiana de aquellos años son numerosos los testimonios de prensa encontrados, pues se fueron sucediendo publicaciones periódicas. Una de las de mayor impacto fue *El Pueblo*, diario de la tarde que se publicó a comienzos del siglo XX y que contó con la colaboración de los alcaldes Pedro Ros Manzanares y Jacinto Conesa García (que era además su director); políticos como Tomás, José y Ponciano Maestre o Juan De la Cierva Peñafiel; pedagogos como Enrique Martínez Muñoz; escritores locales como Juan Pujol, Ricardo Codornú; e intelectuales de prestigio como Joaquín Costa o Miguel de Unamuno. Eran entonces frecuentes los actos de tipo cultural, destacando por aquel tiempo la presencia en la ciudad en 1917 de la



VISTA GENERAL DE LA UNIÓN

LA FIESTA DEL ÁRBOL

Festear el árbol es festejar la vida, porque el árbol ofrece una acción sobre el aire, el calor y la humedad que necesitan a nuestros humores determinar el impulso y la energía vital.

Qué mucho que cuando el árbol, culto de admiración cuando él mantiene la materia blanda de la existencia, fapamento de nuestros amores, de nuestras ilusiones y de nuestra esperanza!

No hay que alegar sobre el árbol que merece suar reverencia que el árbol, en su intefio sobre la condición de la vida.

Respetar todo momento que vive al hombre, pero respetar y amar al árbol en la ciudad y en el campo.

El árbol, en efecto, es el purificador del aire, el fertilizante del agua, el sostenedor energético de la tierra, el no abandonador de la industria, el modificador necesario del clima, la alegría de los campos y el adorno más hermoso de la tierra.

Al festejar el árbol festejamos tal cúmulo de favores y tal conjunto de beneficios que no es maravilla el decir que su fiesta en la más grata y la más consoladora para el hombre.

Cuando el hierro y el fuego de las conquistas destruyeron la herencia del resto de la Grecia, surgió de la devastación de los árboles, rales y decenas sin cuento, que acrisolaban la civilización y la vida de aquellos epítetos padían, como si el árbol fuera la columna más sólida de la grandiosidad y proporción de que estos pecarían.

La fiesta bajero conlleva ante la contemplación del hecho, risa her de aguas frescas que se dedican poseosamente hacia el Mar Muerto, y al vez el desahogado apoyo de la actual. Palabra, dice con razón: «El que rescatara palmaras del olivo, hombre recordaran hoy aquel más hospitalario, preguntarian



CABEZO RAJADO

La fiesta del árbol

Si la Fiesta del Árbol, no fuese más que un espectáculo sin vida, como los juegos de feria, se iría pronto a perder, se iría pronto a perder por medio del trabajo, se iría pronto a perder, todos los que amamos con ternura a nuestra patria, deberíamos heredarla. Para, por fortuna, se alguna que un símbolo, se la prueba fehaciente de que es legaña, como en todas partes, cuando una cosa está infirmo por el amor del bien, cuando todos y cada uno nos comprometemos de que los que la realizan, no buscan medos pecunios, ni honores, ni contradicciones, aunque en el fondo hallamos la más dulce y apacible recompensa, la de haber trabajado, como a través concluido por el establecimiento de una hermosa ciudad, que la tierra patria, las cosas responden al llamamiento de los que tienen iniciativas bastantes para sugerir ideas que más y mejor suerte, han de convertirse en la hermosa realidad que produce la paz, el progreso y la riqueza.

Después muchos años más creencia me ha aletado, y porque la vida y la alianza en el resultado de la propensión hacia no insuñar: a preparar la Fiesta del Árbol en todos los Municipios de España, se de fundir, una vez más, en el concepto de que el festejarlo y la preservación han de ser las más firmes bases de nuestra regeneración; porque en lo demás se nos falta inteligencia, ni medios, ni recursos para mantenerla y cultivarla.

Hay que decirle al país: «¡viva! y camina! pero ¡viva! y camina! al propio tiempo, la convicción de que las que vamos a la vanguardia, como grito, presigamos el boca de todo, con él, con energía,

Algunas imágenes de principios del s. XX

afamada pedagoga María de Maeztu, quien fuese años después la gran renovadora de la educación en España; y en 1919 los hermanos Cegarra fundan la *Editorial Levante*, sentándose las bases de una incipiente reforma educativa con la existencia de algunas escuelas: públicas de Pedro del Álamo, Tomás Taune y José Rubio; subvencionadas de Francisco Juan y Emilio Guillamón; y colegios de Juan Sánchez de Haro, Luis López, Mariano Peral y, sobre todo, el de don Paco Ros.

Podemos afirmar, pues, que la nueva centuria introdujo en la comarca muchos cambios sociales, económicos y culturales: la marcha hacia la modernidad parecía imparable, pero a lo largo de la Primera Guerra Mundial se inicia la lenta agonía del sector minero, marcado por la huida de inversores, el encarecimiento de las materias primas y las fuentes de energía. El diario *El Eco de Cartagena*, en su edición del día 10 de diciembre de 1917, publicaba las peticiones de los productores mineros de la comarca, encabezados por José Maestre:

- Que los impuestos mineros no gravasen la producción, sino los beneficios.
- Normalizar la producción de materias primas y fuentes de energía necesarias para la explotación minera: suministro eléctrico y de carbón; yute para la fabricación de cestos y cordelería minera; máquinas y vagones.
- Que los precios se fijasen en España y no en los mercados extranjeros.
- Que se abaratase el precio de los explosivos.

Para paliar la enorme conflictividad social José Maestre Pérez llegó a proponer algo que fue la base de los futuros sindicatos verticales de los períodos fascistas: la creación de comisiones mixtas para la solución de los problemas laborales. Se propuso la creación de un tribunal donde participasen miembros de la Federación de Sociedades Obreras y el Sindicato Minero (Patronal). Maestre era en aquel tiempo, como esposo de la hija del *Tío Lobo*, el gran controlador de los negocios de la familia Zapata, el gran trust local que poco a poco fue abriéndose camino en la política y los negocios nacionales.

1919, un año triste que marcó la historia del municipio

La Primera Guerra Mundial supuso una gran oportunidad para poder incrementar las exportaciones, pero la falta de carbón para activar la maquinaria y, sobre todo, las dificultades del comercio ligadas a la impune actividad destructiva de los submarinos alemanes a pie de puerto, provocaron el cierre de muchas empresas y el desempleo del 70% de los trabajadores. Con la firma de los acuerdos de paz, el

mercado internacional de minerales (especialmente el de plomo, base principal de la economía local) se contrajo, de forma que durante 1919 esta situación, combinada con una serie de intereses cruzados y la acumulación de diversas variables negativas sumió a toda la sierra minera en una depresión hasta ese momento desconocida: a la pertinaz sequía y los tradicionales problemas jurisdiccionales con la vecina ciudad de Cartagena se une la grave incidencia que supuso la inundación del mes de septiembre, que afectó mucho a la ciudad y a Portmán, destruyendo diversas infraestructuras, tales como la carretera de Cartagena, el cementerio y el tren minero por el que se transportaban los minerales hasta el muelle cartagenero de Santa Lucía.

La miseria, la extrema pobreza, la falta de alimentación básica y de la más elemental higiene provocaron una emergencia sanitaria. Los informes del hospital de La Unión señalan la grave y temprana incidencia de una epidemia de tifus en toda la cuenca minera: a comienzos de año el diario *El Liberal de Murcia* (29-1) señalaba así la noticia:

“Ha llegado a estas diputaciones el doctor Blanco, del instituto Alfonso XIII, enviado especial del ministro de Gobernación, para estudiar los casos de epidemia tífica que se han desarrollado en estos contornos... dispusieron inmediatamente a hacer una inspección a todos los enfermos atacados, quedando el señor Blanco plenamente convencido de que desgraciadamente es un hecho la propagación de la gripe y el tifus exantemático, dando urgentísimas disposiciones para remediar tanto mal como rodea a estos desventurados vecinos.”

Hubo un gran despliegue médico en Algar y La Unión con la participación de los facultativos de El Llano Alfonso Murcia y José Rosique (que acabó enfermo), del inspector médico provincial José Villalba, del médico forense de La Unión Manuel Rodríguez, del médico de Algar Antonio Rosique y del galeno Máximo Conesa, comisionado por el ayuntamiento de Cartagena para dirigir el lazareto (espacio expresamente habilitado para aislar a los enfermos). Se hizo una visita de inspección y se habilitaron hospitalillos de campaña en las tres localidades. El de La Unión se instaló en las afueras y tenía 32 camas. Se cerraron las escuelas. Dos de las personas más implicadas en la asistencia médica a los infectados fueron el médico José Pascual Ferrer y el farmacéutico José Páez, que pusieron en marcha estrategias

para atender cumplidamente a los numerosos afectados por la citada epidemia y a otros muchos aquejados de paludismo, viruela, sarampión, escarlatina, difteria, gripe, cólera (en distintas variedades), tuberculosis, meningitis, sífilis, cáncer, hemorragia cerebral, enfermedades cardíacas, bronquitis, neumonía, afecciones estomacales, obstrucciones intestinales e hidrofobia.

La crisis política y económica en la comarca no impide la existencia de una realidad lúdico-festiva que en ocasiones intenta ocultar por unos días o unas horas una terrible desigualdad social: se celebra mucho el Carnaval y la Semana Santa (que tenía mucho tirón popular, incluso entre personas de ideología progresista), destacando en aquel entonces la procesión del Viernes Santo, donde desfilaban desde las 7:30 de la mañana el tercio de Granaderos; el paso Morado acompañado por la banda de música del Regimiento de Cartagena; Jesús en la calle de la Amargura, presidido por el comisario Emeterio Ballester; el Tercio de Judíos; paso Encarnado con banda de música del Regimiento de Infantería de Sevilla; plana mayor de la Real Cofradía de San Pedro y la Verónica, presidido por el comisario Sebastián Pérez García; paso Blanco con la banda de música, acompañado por la plana mayor de la Cofradía de San Juan y presidido por Julián Pujol; el paso Azul con su banda de música y presidido por la plana mayor de la virgen de la Dolorosa, imagen acompañada por su comisario, José Saura Carrillo. Una cruz parroquial cerraba el desfile, acompañando también la procesión la ambulancia de la Cruz Roja. Partía de la plaza de Casciario e iba por las calles Numancia, Real, Quevedo, Educación, Alfonso El Sabio, plaza del Carmen, San Félix, Carrera de Irún, plaza Benzales, Mayor, Andrés Pedreño y San Agustín.

Por otro lado, la procesión del Santo Entierro salía a las 9 de la noche y estaba compuesta por el tercio de Granaderos (que era sacado por los bomberos), paso Morado, asociación del Santo Sepulcro, paso Encarnado, San Pedro, San Juan y la Soledad, llevando un recorrido similar.

El Corpus se celebraba mucho en la barriada de la plaza del Centro: en la calle Conesa se ponía una iluminación de estilo veneciano y tocaba la banda de la Cruz Roja, también se elevaban globos grotescos,

se disparaban cohetes y fuegos artificiales y se hacía un concurso de mantones de manila.

En cuanto a la actividad cultural, diremos que destacaban los actos celebrados en el Teatro Circo y El Principal: en noviembre de 1899 el empresario minero Pedro García Ros comenzó a construirlo. A pesar de ser de madera, no se escatimó en decorados; el telón de boca era llamativo y disponía de amplios cortinajes que daban paso al interior de un salón dieciochesco en el que aparecía un piano y algunos criados de calzón corto sirviendo a los asistentes a las veladas teatrales, la música y la zarzuela. En 1919 actuó allí la compañía de Will Frediani durante varios días. Así lo señalaba la prensa:

“Sigue actuando con éxito en este favorecido coliseo la gran compañía ecuestre, gimnástica, acrobática, cómica, mímica y musical dirigida por Mr Will Frediani... Miss Mary, la maravillosa equilibrista; los inimitables y graciosos Clowns Beby y Antonet; Zizine, el mejor saltador del mundo; Beby and Glady, excéntricos musicales; Leonard con sus perros amaestrados; los acróbatas Miñón y el contorsionista Gelmitte... Pero el número sensacional lo constituye la familia Frediani, compuesta por ocho personas que ejecutan complicados trabajos acrobáticos sobre caballos...”

La explosiva realidad socioeconómica

La mayor expresión de la crisis socioeconómica fueron los sucesos del 7 de marzo de 1916, que han marcado las relaciones sociales en La Unión durante décadas: con motivo de la huelga general que se llevaba a cabo en la cuenca minera, muchos trabajadores del sector se concentraron ante la fábrica del propietario minero Pío Wandosell para comprobar si los obreros que estaban allí trabajando lo hacían sin coacciones. Tras muchas horas de espera, un destacamento de la Guardia Civil se presentó en el lugar y disparó a quemarropa, siendo el dramático resultado final siete fallecidos y dieciséis obreros heridos.

Bien avanzado el siglo XX la cuenca minera de Cartagena-La Unión seguía siendo un lugar inhóspito y terrible para trabajar: eran numerosas las personas fallecidas a pie de mina o que terminaban sus años de actividad enfermos, mutilados o amputados, trasegando las

tabernas, las calles o los polvorientos caminos en dolorosa procesión de perdedores. Un editorial del diario *La Tierra* de agosto de 1919 describía así la labor de los cargadores y vagoneros a pie de mina:

“...vagoneros. Infelices trabajadores eventuales que se ocupan de estas tareas penosísimas cuando no encuentran de otra ocupación donde ganar el pan. Tienen la misión de trasladar a brazo los minerales de las piladas (generalmente de hierro y manganeso) a los vagones del tranvía para ser transportados a los muelles de Santa Lucía.

A las dos y media de la mañana han de estar los cargadores en su sitio, porque a las tres llega el primer tranvía y da comienzo la carga, que se hace por tres hombres cada vagón (diez toneladas de mineral), operación que se realiza precipitadamente, con tiempo limitado, por exigirlo así la marcha regular de los trenes de mercancías en combinación con los de viajeros.

Esta operación requiere una actividad pasmosa y una fuerza hercúlea para mover la gran cantidad de quintales que hay que manejar durante el día. El operario termina fatigado, con la ropa destrozada y completamente cubierta de una espesa capa de polvo rojizo, recibiendo a cambio de su esfuerzo cuatro pesetas. Cuando la pilada está algo distante de la vía, la tarea se hace mucho más difícil y penosa...”

1919 es el año del comienzo de la larga e inacabada crisis de la sierra minera: no se habían obtenido los frutos deseados durante la Primera Guerra Mundial y ahora las condiciones de producción y la caída de los precios de los minerales comenzaban a traer paro y miseria: el cronista Mariano Grao señalaba que el 95% de las minas estaban total o parcialmente paralizadas. Un editorial del diario *El Porvenir*, en un artículo del 8 de julio de 1919 titulado “La Sierra se despuebla”, señalaba el problema del desempleo y la emigración, constatando el poco valor de las viviendas, que ni siquiera eran vendidas, siendo habitual desmontarlas y vender los materiales a trozos, alcanzando este fenómeno tal magnitud que hizo que las comisiones municipales más activas fuesen la Junta Pericial y la Comisión de Evaluación, realizando en virtud de un bando de la alcaldía de 28 de marzo de 1919 un detallado inventario de las viviendas y locales existentes: las de los obreros eran

de una gran pobreza, así el informe del Instituto Nacional de Reformas Sociales de 1906 señalaba la insalubridad de la mayoría de ellas, que carecían de patio, de retrete y de sumideros. En las estrechas calles del casco urbano escaseaba la luz y la ventilación y los obreros vivían hacinados, por lo que se creó el *Patronato San José Obrero*, cuyo objetivo era construir casas cuyo coste se sufragaba con el pago del alquiler en los primeros años, pasando luego a ser propiedad del obrero: eran cuidados paliativos a una clase social que necesitaba transformaciones profundas y cambiar la realidad cotidiana de los habitantes de ese 40% de viviendas catalogadas como insalubres, muchas de las cuales eran ahora destruidas, pues La Unión era en aquellas fechas un municipio en descomposición, situación relatada así por Mariano Grao en su crónica del 26 de noviembre de aquel año:

“En plena almoneda. Como bandada de aves de rapiña ha caído sobre nuestra población una verdadera nube de pequeños negociantes, atraídos sin duda por el olor a pueblo muerto, que se va extendiendo por la provincia y aun por otros pueblos limítrofes, pues los hay murcianos y albacetenses.

Estos pequeños negociantes tienen sus agentes, los cuales tienen cuenta y razón de los que poseen fincas urbanas y sufren las estrecheces propias de estos tiempos o desean emigrar, de los obreros que tienen algún ajuar o tratan de variar de residencia y de los que quieren vender alguna alhaja o mueble para hacer frente a la situación.

Y la casa pasa al poder del negociante por el valor de las maderas, que él mismo tasa, quedando en el lugar que ocupó el edificio algunas paredes que amenazan aplastar al viandante o un informe montón de cascotes que se convierte en depósito de suciedades.

Y con gran frecuencia salen de nuestro pueblo, ya por vía férrea, ya por los caminos, grandes cargamentos de colañas, puertas, ventanas y muebles que van a otros pueblos. Estamos, pues, en plena almoneda.”

La lamentable situación se mantuvo a lo largo del tiempo, de manera que en julio de ese año se constataban frecuencias diarias de salida en el puerto de más de 200 unionenses pidiendo permiso para

embarcar: se calcula que en 1920 La Unión había perdido 2/3 partes de su población activa. Había agentes de emigración que buscaban trabajo en otros lugares a los obreros más cualificados. El cronista de actualidad Mariano Grao resume la situación de una forma muy sencilla en el diario cartagenero *La Tierra*:

“El conflicto minero.

Ayer holgaron forzosamente todos los obreros a los que daba ocupación el ayuntamiento. El motivo de no haber trabajado es haberse acabado los recursos.

Hoy faltará el pan en muchos hogares.

El comercio, la industria y los pudientes no han respondido al llamamiento de la caridad en la medida que era de esperar.

¿Qué va a pasar aquí?”

Interesante pregunta que podemos responder cien años después de aquellos tristes días, en el contexto de un municipio con un déficit anual de casi 100.000 pesetas, un disparate para la época y el tamaño del municipio: el semanario de orientación republicana *Germinal* en muchas de sus crónicas señala con rotundidad los acuciantes problemas de la que llama “la ciudad muerta”, surcada por cientos de desamparados que deambulaban por las calles, explotación obrera, epidemias, polarización social, deterioro físico, usura, abuso patronal y especulación. Los diarios republicanos como *La Tierra* denunciaban que los precios de los productos de primera necesidad eran muy caros, pues a pesar de haber terminado la guerra, seguía la especulación y el acaparamiento. La Unión es un lugar peligroso: en la sierra hay tensiones y algún caso de personas muertas en extrañas circunstancias, incluso con intervención poco clara de los carabineros y ocultación de información por las autoridades. Hay por sus polvorientas calles muchos maleantes y, sobre todo, mucha gente desesperada, descrita así en poemillas que circulaban de boca en boca:

Fue mi padre un forzado, mi madre una ramera,
me amanté con hambre sobre un saco de paja,
aprendí de muchacho a esgrimir la navaja,
y en el robo y el crimen estudié mi carrera.
Tengo un alma muy amplia, altiva y pendenciera,

ni me espanta la muerte ni ante el crimen me aterro
y aunque estuve en presidio, me escapé del encierro
para seguir mi vida audaz y aventurera.
Del más fuerte mi boca jamás piedad implora,
para todo cobarde que se queja y que llora
tienen mis labios un gesto de desdén.
En las trampas del juego soy artero y ladino,
me gustan las mujeres, el dinero y el vino,
y a mi padre vendiera si me pagaran bien.

Aquel era en ese momento un lugar hostil para vivir, con caminos mal asfaltados y bacheados, oscuros, con muchos pozos y agujeros, montones de hierros y escorias, restos de explosivos y muchos peligros para los niños, con auténticas mafias organizadas que gestionaban la prostitución y el robo de niños recién nacidos. Cada día se encontraban cadáveres en los pozos y en las vías del tren de personas suicidadas. No eran tampoco extrañas las noticias trágicas como ésta aparecida en el diario *El Tiempo* el día 4 de febrero:

“Sensible desgracia. Varios niños heridos.

En el hospital de La Unión han ingresado los niños Francisco González Albaladejo, de 14 años; Antonio Conesa, de 5; e Ignacio Martínez, de 9; siendo curados de las siguientes heridas:

Francisco en la mano derecha, con amputación de la misma.

Andrés con diversas fracturas

Ignacio con lesiones en el pie izquierdo.

Parece ser que se encontraban jugando con unos tubos de hierros viejos, explotando uno de ellos cargado de pólvora y metralla.”

Y algunas con tintes tragicómicos:

“RIÑA DE FAMILIA. Ayer tarde, en la calle de Ingenieros, riñeron dos cuñadas. Una de ellas tiró un cubo a la otra, recibiendo el golpe un niño de corta edad que llevaba en los brazos, resultando la criatura con una herida en la cabeza. La madre del niño se abalanzó hacia la cuñada, dándole un mordisco en una mano, seccionándole un dedo. El asunto pasó a manos del juzgado.”

En 1919 el diputado García Vaso consiguió una ayuda económica del gobierno y se inició uno de los tramos de la carretera que uniría Escombreras con el Rincón de San Ginés atravesando toda la sierra minera y se construía también la de Portmán al Sabinar (cortando ya en término municipal de Cartagena la vieja calzada romana), instándose desde los poderes locales a los responsables de obras públicas a colocar obreros de La Unión en la que ya se realizaba y uniría Albuñón y Cabo de Palos. Se trabajaba también para poder reactivar las explotaciones mineras *Lo veremos*, *San Ramón* y *San Marcelino*, pero había mucha inestabilidad en todos los sentidos y las minas abrían y cerraban. Algunos obreros pedían a los patronos permiso para explotar ellos la mina. La asamblea vecinal que acudió a Madrid solicitaba del gobierno la construcción de la carretera desde El Descargador hasta Los Blancos y El Sabinar, que se pusiese límite a la especulación de las compañías multinacionales, que se activasen políticas para nivelar el precio de los minerales, abaratamiento de las materias primas de las minas y de los productos de primera necesidad; y acabar con las especulaciones de los vendedores de explosivos,

Las crónicas de aquellas tristes jornadas de septiembre indican que las inundaciones fueron el dramático colofón al que quizás ha sido el más oscuro año de la historia de La Unión. Tras la gran avenida de agua y escombros quedó una situación calamitosa en un pueblo ya de por sí afectado por el desmantelamiento de muchas de sus casas y la acumulación por doquier de rocas y restos de la actividad minera de todo género y condición. Había malos olores, carencia de alumbrado y paralización de toda actividad productiva. Entre las dos estaciones de tren de La Unión, Vieja y Mercado, se acumulaban toneladas de restos de todo tipo. El ayuntamiento de la localidad en esta ocasión actuó de forma rápida, planteando un plan de medidas a desarrollar, tendentes a mejorar la actividad productiva, retirar escombros, indemnizar a los afectados y reparar los espacios públicos. Un problema añadido era que la ciudad de Cartagena estaba también paralizada, lo cual complicaba mucho la recepción de ayuda y la reanudación de la actividad productiva. La inundación agravó los ya de por sí habituales problemas de fluido eléctrico, que dejaban a veces a los obreros atrapados en las minas, teniendo que buscar durante horas la salida por otras bocaminas; y puso de manifiesto las muchas irregularidades existentes en la explotación minera, de modo que a finales de 1918 aparece en el boletín oficial una

disposición que afecta a las minas de la sierra de Cartagena-La Unión, pues, bajo amenaza de multa, se conmina a los directores o explotadores de las minas a remitir a la Jefatura de Minas una serie de datos:

- nombre de la mina, término municipal y paraje.
- minerales obtenidos. Producción del año 1918.
- número de operarios que trabajaban en el interior y el exterior.
- precio de venta del mineral.
- gastos del transporte del mineral hasta su destino final.
- cantidad de dinamita, pólvora, mechas y cápsulas consumidas.
- número, clase y fuerza de las máquinas empleadas.

Patronos y obreros

Como municipio independiente de Cartagena desde 1919, La Unión estaba gobernada por su corporación, presidida por el alcalde Joaquín Sánchez García, y allí existía además un poder civil organizado, cuerpo de bomberos y policía, destacamento de la Cruz Roja, un juez de instrucción, una casa-cuartel de la Guardia Civil dirigida por un teniente, notario, registrador de la propiedad y administración de correos. Los principales poderes fácticos se agrupaban en una Asociación de Comerciantes e Industriales y un Círculo Mercantil e Industrial, controlados por los partidos políticos del régimen y sus caciques, especialmente el Conservador representado por la familia Maestre, y algo menos el Liberal de Joaquín Payá y el conde de Romanones. Pero el poder radicaba en Cartagena, lo administraban desde allí estos señores desde el Sindicato Provincial de Productores de Plomo, radicado en la plaza de San Francisco número 4, donde también estaba su brazo económico, el Banco de Cartagena.

El principal debate económico en esos centros de poder era en 1919 la bajada de la cotización del plomo después de la Segunda Guerra Mundial, marcada por la especulación y la fijación de precios en destino. También el aumento de impuestos y la existencia de una burocratización excesiva y creciente, con un control excesivo por parte de los carabineros, que controlaban cada salida de mineral y verificaban las guías u hojas de control minero antes de cada embarque portuario. Muchas veces era, simplemente, una guerra entre productores y fundidores activada por grandes *trust* que aspiraban a eliminar las

pequeñas concesiones tradicionales (los famosos partidarios o pequeños productores que salpicaban con sus explotaciones la sierra minera) y monopolizar toda la cadena productiva. En marzo de 1919 se organizó un encuentro mixto, acordándose que los precios fuesen fijados por una comisión formada por patronos de distintas cuencas mineras y sectores productivos, que se diesen ayudas públicas destinadas a la minería y que se suprimiese el impuesto que gravaba en un 3% la producción de plomo.

Se detecta en aquellos años el abandono de las minas por parte de sus propietarios y el desembarco especulativo de grandes compañías extranjeras, especialmente la francesa Peñarroya, gran causante de la ruina de muchos propietarios de la zona, en un contexto malo para los productores locales, pues los ministros La Cierva (que también tenía intereses mineros) y Maestre (éste llevaba la cartera de Abastecimientos) nada hacían para remediar la situación, pues se movían por puros intereses, dentro de un oscuro entramado de intermediarios y un contexto en el que, a pesar de pagarse en nuestro país a 840 pesetas la tonelada métrica de plomo, los productores solo recibían 380. Tras una primera década de siglo titubeante, en 1912 se produce la entrada en escena de Peñarroya, que absorbe a otra empresa anterior de la misma nacionalidad, continuando la labor de Hilarion Roux, creador de la fundición de Escombreras y la Sociedad Especial Emilia, base del futuro minero; y cierra un trato con Álvaro Figueroa, Conde de Romanones, pasando así la nueva sociedad a controlar también el taller de desplatación de Santa Lucía y contribuyendo en esa primera etapa en la cuenca minera a la modernización de las instalaciones: hornos de calcinación, machacadores, lavaderos y separatorios por imantación. También los productores de explosivos, unidos en monopolio, especulaban, subiendo los precios y sirviendo material en malas condiciones a los productores que no pertenecían a los sindicatos mineros.

El monopolio ejercido por Peñarroya, Figueroa y la gran compañía asturiana arruinaba a los pequeños propietarios con el visto bueno del gobierno de España y la connivencia de algunas empresas fundidoras para evitar la competencia: poco a poco esta empresa fue eliminando de la actividad minera a todos sus competidores, arruinando a los más débiles y uniéndose a los poderosos con diversas estrategias, siendo muy importante la de imponer el cierre patronal cuando habían períodos

de inestabilidad social. Así se señalaba en un artículo aparecido en *Germinal* en agosto de 1919:

“...Nuestra ceguera, y el abandono de nuestros gobiernos de todos matices políticos no dio importancia alguna a la creación del Sindicato Europeo del Plomo, tampoco vio la codicia sin límite de la sociedad extranjera Peñarroya de ir a pasos agigantados adquiriendo terreno y minas y adsorbiendo, no en compra, porque este contrato tributa más a la Hacienda, sino fusionando a ella negocios de millones de pesetas en minas y fábricas de fundición y desplatación, y de esta manera ha llegado a enseñorearse en nuestra desgraciada España de tal manera que su poderío es temido, y no solo impone su voluntad a la industria minera, sino además a todas las fábricas de fundiciones de minerales de plomo de España...”

Algunos de los tradicionales explotadores de minas decidieron no continuar las labores: este fue el caso del célebre Camilo Aguirre, propietario de *El tranvía*, *El consuelo* y *La loba*. Era un nuevo tiempo, un tiempo en el que la economía mundial favorecía a *trust* como el de los Zapata-Maestre: su empresa, La Maquinista de Levante, tenía, aparte de las minas y el embarcadero en Portmán, un taller de construcción y reparaciones eléctricas, materiales de electricidad de la sociedad Asca, depósito de materiales eléctricos de todo tipo, talleres de fundición, calderería y maquinaria de minas. La empresa sorteaba cada año entre sus obreros una casa en la llamada Fiesta del Taller, que se celebraba el día 8 de abril. Aquellos a veces les correspondían fundiendo algún retrato familiar. En 1919 implantaron en sus empresas la jornada de ocho horas y un pequeño aumento de los jornales, pero les subieron a los obreros los precios de los suministros que canjeaban por sus vales. Tras la muerte de Miguel Zapata, del fundador de su empresa y de su hijo, su yerno, el político conservador José Maestre Pérez, pasó a controlar los negocios familiares, siendo sin duda la principal cadena transmisora de la nueva política minera, pues en 1919 fue nombrado ministro de Abastecimientos. Su nombramiento causó en la comarca gran regocijo entre los miembros del partido Conservador, al que pertenecía, así como a las empresas multinacionales a las que el régimen político español mimaba; pero un enorme rechazo entre las clases populares y un sentimiento encontrado en los sectores republicanos de

La Unión, expresado así en un editorial del diario *La Tierra* del 20 de abril de 1919:

“...Esta noticia nos produce un sentimiento extraño que no sabemos cómo expresar. Como el señor Maestre, personalmente, es un hombre agradable y simpático y es convecino nuestro, su nombramiento nos produce alegría y esperanza. Pero como el señor Maestre es un político Ciervista, sentimos por otro lado rabia y bochorno...”

Lo cierto fue que Maestre y el también ministro murciano Juan de la Cierva se posicionaron desde el poder a favor de las grandes empresas monopolísticas, intentando aliviar los efectos indirectos de tales políticas con la realización de importantes gestiones para la puesta en marcha de obras públicas en la comarca que paliasen la carestía de trabajo y la conflictividad social y sirviesen al tiempo de acicate para la implantación de los grandes industriales. El cacique murciano, con ocasión de la visita de una comisión municipal a Madrid, señaló su favorable disposición al remedio de tantos males:

“...Yo prometo poner todo mi empeño en la defensa de la causa de ustedes... y digan a Maestre que estoy yo en la resultancia de lo que sea, pues no soy yo de los que quedan con una promesa por realizar...”

Y así fue, pues los monopolios y las empresas especuladoras tuvieron libre la vía que ellos demandaban, y los obreros unas cuantas obras públicas que fueron pan para hoy y hambre para mañana. José Maestre era el dueño efectivo de la comarca: desplegaba por doquier sus muchos encantos, pagando de su patrimonio e inaugurando un centro obrero y un centro de niños huérfanos de mineros; pero su empresa no pagaba impuestos, debiendo 8000 pesetas al ayuntamiento, que entró en el verano de 1919 en una situación de impago y bancarrota que las primeras autoridades aceptaron con resignación y buen ánimo, corriendo de boca en boca por las tabernas la siguiente copla:

El alcalde en Los Nietos.

El secretario en Los Nietos.

El cajero en Los Urrutias.

El contador tranquilo en el campo.

El primer oficial en la playa.

*Los concejales en la isla de Babia.
Las subsistencias subiendo.
Y los jornales bajando.*

Era el de esta empresa un poder estable y creciente, aunque en el tema comercial algunas grandes empresas asentadas en Cartagena rivalizaban en los negocios de venta y distribución de maquinaria, era el caso de Doggio Hermanos y Sobrinos, con sede en la plaza de Santa Catalina, junto a las puertas del muelle de Cartagena. Anunciaban a bombo y platillo en la *Gaceta Minera* raíles de acero, pinturas al aceite, tubos de hierro para conducciones a vapor, palas de acero, manómetros, tornillos de hierro, candiles de minero, cables para tornos y malacates, cadenas de hierro para cubas, empaquetadura de patente y jaboncillo, mangueras de lona, goma en plancha, aisladores de calderas, martillos de acero, sebos fundidos, grifos, lubricadores, amianto americano para empaquetaduras, algodones para limpieza de maquinaria, minios y aceites de linaza. Otros proveedores importantes eran la familia Pérez Lurbe, los Rolandi (plaza de San Ginés de la Jara), Salvador Escudero (calle Jara 35), la Compañía General de Carbones, la fundición La Salvadora (San Antón) y el agente C.W. Walt, representante de la Robey and Company Globe Wors.

Y frente a tanta injusticia y tantos abusos patronales, el movimiento obrero de alguna manera se organiza: mientras en El Llano del Beal surge con fuerza, especialmente el PSOE (cuya Casa del Pueblo se inaugura en 1910), en La Unión, sin embargo, se muestra desorganizado y disperso, mostrando manifestaciones de carácter anarquista que más se parecían a gamberradas de pueblo que a acciones terroristas y careciendo de capacidad de manifestación o celebración alguna, siendo chocante la falta de festejo alguno con motivo del Primero de mayo, fiesta muy consolidada ya en aquel entonces a nivel del internacionalismo obrero. Frente a la existencia de un Partido Socialista mermado en sus filas por el abandono de la ciudad de muchos trabajadores cualificados que dirigían el movimiento en la ciudad, surgen otros modelos de asociación proletaria, como fue la Organización Gremial de Dependientes, importante colectivo con sede propia.

Y frente a esa coyuntural crisis de los partidos obreros, mantiene su fuerza el republicanismo, que mira hacia atrás reivindicando el

pasado cantonal y avanza con la mirada puesta hacia el futuro captando a jóvenes intelectuales como Antonio Ros (activo dirigente republicano en los años 30) y Santos Martínez (que llegó a ser secretario personal de Manuel Azaña), que militaban en el colectivo Juventud Rebelde, animadores de la realidad unionense desplegando una intensa actividad cultural, política y lúdica, organizando ruidosos bailes en el Centro Instructivo, del cual era presidente el concejal republicano Francisco Raja Méndez y directivo otro concejal republicano, José Sánchez Osorio, pero buena parte de su acción en el ayuntamiento estaba dirigida por el periodista Mariano Grao y el maestro Paco Ros, orientada a denunciar las excesivas partidas dirigidas a festejos y la escasez de medios de los servicios sociales. Paco Ros, insigne pedagogo de la escuela de María Montessori, era diputado provincial y dirigía el Liceo Obrero (donde se impartían clases de enseñanzas básicas, francés, contabilidad, pintura y dibujo técnico) y el Centro Instructivo de Obreros Republicanos, que estaba en la calle Mayor 64, junto al café Moderno. Tenía un salón de actos donde se hacían bailes y se organizaban mítines. Acababa de reinaugurarse, pues había sido trasladado en 1907 al sufrir un tiroteo por parte de servidores del caciquismo, llamándose en aquel entonces Círculo Liberal. Su sueño era que fuese transformado en escuela de artes y oficios, asunto que fue gestionado por el diputado García Vaso. Las relaciones con el PSOE fueron estrechándose en aquel tiempo, de forma que en la Casa del Pueblo de La Unión se reunían a veces republicanos y socialistas (encabezados por José Guillamón) buscando unidad de acción con las siete asociaciones obreras de corte socialista agrupadas en el llamado Sindicato Único. Algunos republicanos denuncian los pactos de algunos socialistas con los partidos tradicionales, por lo que constituyeron de cara a las elecciones de 1919 un frente común con el republicano Albornoz y el socialista Lucio Martínez. Podemos decir que en ese momento nace un símbolo común: el recuerdo de los obreros fallecidos el 7 de marzo de 1916, a los cuales se les tributaba cada año en esa fecha por la mañana el homenaje de depositar flores sobre sus tumbas. Otras iniciativas se llevaron a cabo en Portmán, donde se pusieron en marcha experimentos de recogida de fondos para socorro de los obreros y cooperativas de autogestión para trabajar las minas, pero fueron un fracaso.

La alternativa católica: el sindicalismo cristiano y la encíclica *Rerum Novarum*

En aquellos años de crisis de la Restauración surge en toda España un nuevo fenómeno: la extensión del sindicalismo cristiano, que en La Unión pasa de ser algo inexistente a convertirse en aquel negro año de 1919 en un fenómeno sociológico que ha marcado mucho la personalidad del municipio hasta nuestros días. A nivel nacional se detecta en los medios de comunicación una dura pugna por recibir favores oficiales entre los sindicatos socialistas y los católicos, siendo estos últimos una confederación de 353 organismos asentados en toda España (que representaban a 60.000 trabajadores). Peleaban sobre todo por el control de las vocalías obreras de los institutos oficiales y los puestos en el *Instituto de Reformas Sociales*. Los líderes nacionales de este movimiento eran Joaquín Herranz, Antonio Perdonee, Carlos Sommer, José Fernández, Esteban López, Enrique Vinagrero, Andrés López, Miguel Garrido, Cándido Constán y Buenaventura Solana.

Uno de los más destacados analistas de este movimiento en Cartagena fue el sacerdote Hugo Moreno, que explicaba tanto en el púlpito como en artículos de prensa el sentido de la encíclica *De Rerum Novarum*, analizándolo como un arma de la Iglesia para poner orden en la lucha de clases. Dicha encíclica, cuyo significado en latín es De las cosas nuevas o De los cambios políticos, fue la primera de carácter social de la Iglesia Católica. Fue promulgada por el papa León XIII el viernes 15 de mayo de 1891. Fue una carta abierta dirigida a todos los pastores de la Iglesia, que versaba sobre las condiciones de las clases trabajadoras. El Papa dejaba patente su apoyo a formar uniones o sindicatos obreros, pero también se reafirmaba el derecho a la propiedad privada y entraba en cuestiones de fondo sobre política, las empresas, los trabajadores y la Iglesia, proponiendo una organización socioeconómica alternativa llamada distributismo. Fue un posicionamiento claro sobre la Revolución Industrial, el conflicto de clases y la sociedad contemporánea. Con esta encíclica la Iglesia pretendió, entre otras cosas, paralizar la descristianización de las masas trabajadoras, en un período en el cual su credibilidad se veía disminuida debido a que los sectores populares de la cristiandad e incluso del clero, se inclinaban por las ideas revolucionarias. Precisó los principios para buscar la justicia social en la economía y la industria. Se acepta

generalmente por la historiografía que fue la carta fundacional de la democracia cristiana y una pieza clave de la doctrina social de la Iglesia.

A nivel práctico impulsó la constitución y fomento de las asociaciones obreras católicas y el catolicismo social. Recomendó a los católicos la organización de partidos laboristas propios y uniones de trabajadores bajo principios cristianos que favoreciesen los derechos de los trabajadores y la obligación de éstos de no perjudicar de modo alguno al capital, ni hacer violencia personal contra sus amos, abstenerse del uso de la fuerza y no apoyar sediciones. Esta tendencia tuvo un fulgurante éxito en la cuenca minera, lugar donde la miseria, la explotación obrera y las diferencias de clase habían hecho surgir una variada tipología de movimientos reivindicativos y medios de comunicación ligados a sectores ideológicos muy variados y, en ocasiones, con planteamientos que seguían las tendencias apuntadas: era el caso del periódico *El Defensor del Obrero*, detrás del cual estaba un colectivo de 1500 asociados, dirigidos (entre otros) por el sacerdote Eloy Villena y el articulista Fernando Castrillo, miembro del Sindicato Católico Obrero Español, con una importante sede en La Unión dirigida por Pascual Siles.

Entre sus objetivos estaban la creación en la comarca de una caja de ahorros como base para la futura implantación de una cooperativa de consumo. En ese sindicato había también patronos, aunque criticaban abiertamente la represión policial y los sucesos de 1916. Tenían también el importante respaldo económico del *Banco Agrícola Comercial* de Bilbao. Reclamaban justicia social, descanso dominical, jornal diario, salario mínimo y creación de talleres comunales, con fórmulas nada revolucionarias ni contrarias al orden social establecido, así en un editorial del día 4 de febrero de 1919 de *El Eco de Cartagena*, el propagandista Juan de Dios Manuel lo expresaba así:

“Basados en las normas de justicia que animan a estos sindicatos, y a fin de que los intereses patronales no sufran el menor menoscabo con las anteriores peticiones que formulamos, se instaure la semana inglesa, que consiste en trabajar el obrero una hora más cada día para descansar el domingo y cobrar el jornal correspondiente, con lo que las explotaciones no sufren merma alguna, y el obrero se beneficia en tres horas semanales...”

En su editorial del 24 de octubre de 1919 se publicaba en el diario el artículo denominado “¿Yo socialista?”, una crítica exacerbada a la ideología imperante en el movimiento obrero tras la Revolución Rusa acaecida pocos meses atrás. Así se pronunciaba:

“No me vuelvas a insinuar semejante barbaridad. Ya he sido socialista durante cuatro meses, y tengo bastante para saber que el socialismo es una farsa criminal, un despotismo inaguantable, una injusticia por sistema, una explotación de las miserias de los obreros y una impiedad.

¡Oh socialismo! ¡Cuántos crímenes se cometen en tu nombre! ¡A cuántos haces desgraciado!

No tengo necesidad de recordarte las conversaciones violentas, incultas y blasfemas en nuestros centros obreros... Palabras groseras, continuos insultos a los burgueses, calumnias y horrores contra curas y frailes sin ton ni son...”

Y el arrepentido articulista, amparado en el anonimato, señalaba las características de publicaciones de esa ideología (en su mayoría de efímera vida) que habían existido o existían: *La lucha de clases*, *El Ruido*, *Tierra y Libertad* o *El Radical*, acusados de amarillismo y falta de rigor. También las coacciones en los momentos de huelga y las manifestaciones contrarias a la religión

El sindicalismo católico era muy poderoso en la comarca y tenía el apoyo de importantes intelectuales y filántropos como la familia Cegarra. En Alumbres pusieron en marcha la Casa Social Católica, dirigida por Juan Salas. Estos activos grupos católicos llevaban a cabo una activa campaña para difundir sus ideas, llamándose a sí mismos propagandistas. Uno de ellos, Juan de Dios Manuel, explicaba en *El Eco de Cartagena* del día 9 de febrero de 1919 en un editorial llamado “Frutos de la sindicación católica. Mediten los patronos, mediten todos”, las características de este movimiento, cuyo lema era Unos por otros y Dios por todos y que se implantó en La Unión en agosto de 1919. Presumían de haber llegado a la comarca para apaciguar los ánimos,

acabar con las huelgas y remediar los males del obrero. Denunciaban los abusos de patronos y comerciantes, y la situación material de los obreros, lanzando un mensaje de optimismo:

“...Ahora que la sierra de Cartagena disfruta de una tranquilidad desconocida hace mucho; ahora que para los mercados se abren nuevos y lisonjeros horizontes con la terminación de la guerra, ahora que se acabaron los odios mediante el reinado del amor; ahora que las luchas enconadas han terminado, es conveniente que mediten los patronos, medite el comercio, y meditemos todos, la conducta que en adelante debemos observar a fin de que nuestro lema bendito sea una consoladora realidad y podamos felicitarnos porque trabajemos en la medida de nuestras fuerzas unos por otros, que a no dudarlo, Dios laborará por todos.”

En ese mismo ejemplar de *El Eco*, otro propagandista, que firmaba *Vimon*, relacionaba el espíritu de ese movimiento con la citada encíclica *De Rerum Novarum*, concretamente este párrafo:

“...A los ricos y a los amos toca: que no deben tener a los obreros por esclavos; que deben en ellos respetar la dignidad de la persona y la nobleza que a esa persona añade lo que se llama carácter de cristiano. Que si se tiene en cuenta la razón natural y la filosofía cristiana, no es vergonzoso para el hombre ni le rebaja ejercer un oficio por salario, pues le habilita el tal oficio para poder honradamente sustentar su vida. Que lo que verdaderamente es vergonzoso e inhumano es abusar de los hombres, como si no fuesen más que cosas, para sacar provecho de ellos, y no estimarlos en más de lo que den de sí sus músculos y su fuerza...”

Se ponía especialmente el acento en condenar el bajo salario, la violencia y la falta de respeto. En ocasiones sus intereses se confunden bastante con los de los productores, buscando la complicidad del obrero frente a la imposición de precios por parte de los fundidores. Presumen de ser una alternativa al sindicalismo de clase, intención expresada en un interminable interrogante en un editorial anónimo del 27 de agosto de 1919 del diario *El Eco de Cartagena*:

“...¿Un obrero católico, en conciencia, un obrero sensato, puede inscribirse en ese sindicato y en los otros sindicatos para ser un ateo, de amor libre, negador de la santidad de la familia, enemigo de la propiedad justa y paladín de un comunismo sin autoridad y sin leyes, o tiene el deber de no dejarse imponer eso, de no dejarse arrastrar por eso y de asociarse en otra Sociedad para defender su interés, que no consiste en esos, sino que en la sociedad impere la moral por el temor de Dios, se respete la santidad de la familia, la propiedad particular justa, elemento económico indispensable para la vida independiente de la familia y los derechos del trabajo, su retribución justa?...”

Es en este contexto donde, dentro de la serie de artículos de esta temática publicados por *El Eco de Cartagena*, aparece la figura del escritor unionense Juan Puyol, quien en su columna denominada “La vida cotidiana” firma artículos como el publicado el 20 de septiembre de 1919 bajo el título “Los crímenes sindicalistas”, donde critica abiertamente el sindicalismo violento de los anarquistas y establece estas conclusiones:

“...¿Qué tiene que ver ese sindicalismo amenazador, violento, criminal, con la justicia de muchas de las demandas de los trabajadores manuales? ¿Qué relación hay entre esos asesinos y las muchedumbres obreras pacíficas, que solo aspiran a mejorar razonablemente las condiciones de su vida? Para éstas todo el respeto es merecido y toda la atención y diligencia son escasas. Pero si la multitud de obreros pacíficos ve que el crimen queda impune, y más aún, que sirve con mayor eficacia que los ruegos y las súplicas razonadas para convencer a los gobiernos; si se persuade de que los asesinos inspiran temor a la sociedad y decretan y ejecutan los castigos y venganzas con mayor rapidez e inexorabilidad que el estado mismo, ¿cómo dejará de acatar a quienes de esa manera se le muestran omnipotentes? Si la sociedad entera se acobarda ante los revolucionarios sindicalistas ¿qué han de hacer los obreros aislados, sobre quienes actúan, además, mil sugerencias de interés y mil lazos de compañerismo?”

Otro periodista, en artículo firmado el 13 de octubre de ese mismo año, daba las pautas para que los obreros observasen una buena conducta:

- Huir del juego y la bebida. En la comarca había varios garitos, como la mesa de monte que tenía en El Llano del Beal un personaje apodado *El Cabrillo*.

- Ocuparse de la educación de los hijos.
- Practicar la moral y la religión.
- Cuidar la vivienda.
- No estar ociosos.

Detectamos también una fuerte presencia de este activo movimiento cristiano en la vida cultural de la ciudad, controlando incluso a través de Gregorio Paredes la organización de los juegos florales de 1919, cuya temática entroncaba bastante con la realidad social que a este colectivo preocupaba:

- Familia, religión y patria.
- Causas de la crisis minera y forma de solucionarla.
- Ventajas de la solidaridad obrera.
- Forma de desarrollar en la cuenca minera las casas baratas.
- Manera de actuar los patronos en cuestiones sociales.
- El problema de la mendicidad.
- Modo de establecer las cooperativas obreras de consumo en La Unión.

El cooperativismo católico recibió un primer impulso tras la Encíclica *Rerum novarum*, y entre sus principales ideólogos cabe destacar a Joaquín Díaz, Severino Aznar y Luis Chaves de Arias. Su mayor desarrollo se produjo en aquel año 1919, cuando el deterioro de las condiciones de vida y la rápida difusión de los idearios socialistas y anarquistas, acentuaron la conflictividad social y política. En este nuevo contexto, la jerarquía católica intensificó sus esfuerzos para intentar corregir aquella situación, con dos iniciativas: la creación de secciones de consumo en los sindicatos agrarios y las cooperativas rurales de crédito, que la Iglesia Católica estaba impulsando también con el fin de reconducir la conflictividad social; y la creación de nuevas entidades cooperativas, estrictamente de consumo. En este caso la incidencia de las nuevas cooperativas también fue elevada en distintas localidades de Cataluña, pero fue sobre todo en el País Vasco donde alcanzó más intensidad. En la cuenca minera alcanzó tal influencia que incluso algunos periódicos republicanos de la comarca, como lo era *Germinal*,

se vieron impregnados de este sentimiento cristiano, apelando a la conciencia colectiva en casos de pena de muerte. Decía el columnista León Omar:

“La España Católica, la España de creencias religiosas, la que venera al crucificado, es la que más fuertemente tiene el deber de pedir clemencia a la España oficial católica que nos gobierna, para que no se dicte la sentencia de muerte contra Manuel Villalonga, y sobre sus hombres caiga el perdón de la justicia de sus hombres. Y tiene el deber de pedirla, porque así hace realidad las enseñanzas de aquel divino Jesús de Nazaret, de aquel rabí de Galilea que, ya exangüe en la cruz, seguía pronunciando muy dulce y amorosamente la palabra perdón para todos sus crucificadores.”

BIBLIOGRAFÍA

ALONSO NAVARRO, S. *Historia de la Región Murciana: los pueblos de la Región de Murcia (tomo XI)*. Ediciones Mediterráneo. Murcia, 1989.

BALLESTER, J. “Esplendor y ruina de La Unión”, en *La Verdad de Murcia*, 2-2-58.

BOTELLA y HORNOS, F. *Descripción geológica y minera de las provincias de Murcia y Albacete*. Madrid, 1868.

CALVO, M. “Nueva California”, en *Ya*, 11-10-57.

CAÑAVATE, E. *La minería en Cartagena*. Cartagena, 1971.

CEGARRA, A. *La Unión, ciudad minera*. Cartagena, 1920.

CONDE, C. *Recuerdos*. Ediciones Cátedra. Madrid, 1986.

EGEA BRUNO, P. M. *La minería cartagenera en torno a la Primera Guerra Mundial (1909-1923)*. Universidad de Murcia, Secretariado de Publicaciones, 1983.

FRANCO FERNÁNDEZ, F. J.

- *República, guerra y exilio. Antonio Ros y la Generación del 27*. Editorial Áglaya. Cartagena, 2005.

- *La Unión y Cartagena (1874-1936). El sueño modernista*. Cartagena, 2019.

HARO, J. “La Unión: del plomo a la especulación”, en *Cartagena Histórica N° 11*. Cartagena, 2006.

JOVER ZAMORA, J. M. “Introducción”, en *La España de Alfonso XIII. El Estado y la política, 1902-1931. Historia de España de Menéndez Pidal. Tomo XXXVIII-I*. Madrid, España-Calpe, 1995.

LEGAZ, F. “El nacimiento de un municipio: La Unión”, en *Cartagena Histórica n° 10*. Cartagena, 2005.

LÓPEZ ALMAGRO, J. *Ante el umbral del misterio educacional*. Inédito. Manuscrito cedido por Jesús Jareño López.

LORENZO, J.A.

- *Portmán*. Murcia, 1986.

- *Biografía de José Maestre Pérez (1866-1933)*. Cartagena, 1989.

MOLINA, M. *Libro de La Unión*. Alicante, 1966.

MUÑOZ BARBERÁN, M. “La Unión, realidad”, en *La Verdad*, 22-8-76.

OLMOS, I. *La ciudad de La Unión durante la Segunda República (1931-1939)*. Murcia, 1997.

PÉREZ ROJAS, F. J. *Cartagena 1874-1936*. Editora Regional de Murcia, Murcia, 1986.

PREGO DE LIS, A. “Miguel Zapata: el Tío Lobo”, pp. 9-16 del n° 12 de la revista *Cartagena Histórica*. Cartagena, julio-septiembre de 2005.

ROCA, J. y MUELAS, M. *La Unión en el recuerdo*. La Unión, 2000.

RÓDENAS, F. J.

- *El proceso de transformación espacial de La Unión (1840-1960)*. Tesis doctoral. Universidad de Murcia, 1986.

- *Yo, el Mercado La Unión*, 1991.

RÓDENAS, F. J. y MOUZO, R. *La Semana Santa Minera, historia de los desfiles pasionales de La Unión*. La Unión, 1998.

RUY WAMBA, L. *La vida en la mina*. Imprenta Caridad. Cartagena, 1906.

VARIOS AUTORES “La sierra de Cartagena-La Unión”. Número monográfico de la revista *Bocamina* (número 2). Madrid, 1996.

VICTORIA MORENO, D.

- *Transformaciones socio-económicas de la región murciana durante el período primorriverista: el distrito minero de Cartagena-La Unión (1840-1930)*. Tesis doctoral. Murcia, 1986.

- “Las candidaturas dinásticas y sus opositores en la Cartagena de la crisis de la Restauración. Electoralismo y liderazgo político (1909-1916)”, en *Anales de Historia Contemporánea*, nº 17, Universidad de Murcia, 2001 (Ejemplar dedicado a: Las minorías religiosas en España y Portugal: pasado y presente), pp. 573-612.

VILAR, J. B. y EGEA BRUNO, P. M. “Minería y sociedad en el distrito de Cartagena durante el sexenio democrático”, en la revista *Hispania* XLII. Madrid, 1982.